



Rafael Jijena Sánchez

Mani – Palillo

Cuba

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Había una vez un viudo que tenía una hija muy buena y muy bonita. La muchacha vivía feliz; pero esa felicidad se acabó el día en que el viudo se volvió a casar, porque la madrastra era muy mala y le tenía un odio atroz a su hijastra; la hacía trabajar como si fuera una criada, y le pegaba cada vez que se le ocurría. El padre, aunque quería evitar esto no podía, pues era muy débil de carácter y su mujer lo dominaba completamente.

Así pasó mucho tiempo, hasta que un día, la muchacha no pudo resistir más y huyó de su casa. Se internó en el bosque y allí se encontró con una viejecita (que era la Virgen), la cual le preguntó qué le pasaba. La muchacha llorando le contó su historia, y al ver la viejecita lo buena que era, le regaló una varita y le dijo : Toma esta varita, siempre que quieras algo, pídeselo, que ella te lo concederá.

La niña quiso darle las gracias pero ya había desaparecido. Entonces siguió caminando hasta que llegó a un pueblo, que estaba a la salida del bosque.

En este pueblo había un soberbio castillo donde vivían el rey y su hijo. A la muchacha le gustó muchísimo el castillo y dijo:

-Ya que tengo que trabajar, ¿por qué no he de hacerlo en este castillo que me gusta tanto? Y para evitar que los criados se enamorasen de ella, llenóse la cara de carbón y se vistió de hombre. Después se dirigió al palacio y fingiendo la voz, pidió que le dieran trabajo. Negáronse al principio, pero tanta fué la insistencia que al fin la pusieron a guardar ovejas.

Todos se creían que era un muchacho, hasta el príncipe, que se había hecho muy amigo de ella. Conocía la por Mani-Palillo, pues ese fué el nombre que dió cuando le preguntaron cómo se llamaba.

Mani-Palillo tenía la costumbre de sentarse, todas las tardes, después de guardar las ovejas, cerca de la entrada del castillo. Así veía toda la gente que pasaba ; el príncipe siempre que la veía la saludaba y algunas veces se detenía a conversar con ella y era muy bueno y arrogante. Mani-Palillo se enamoró de él.

Así pasó el tiempo hasta que un día se organizaron en el pueblo unas fiestas en honor del príncipe. A ella podían ir todos, desde el más rico hasta el más pobre.

El príncipe, cuando se dirigía a la fiesta, se encontró con Mani-Palillo, que estaba sentada en un tronco a la entrada del castillo y le dijo :

-¿Vas al baile?

-No, señor príncipe –contestóle; no voy al baile.

Despidióse el príncipe de ella y al pasar por su lado le dió con el bastón en los pies.

En cuanto el joven se hubo alejado, sacó Mani-Palillo su varita y dijo :

-Varita, varita, quiero un traje, unos zapatos y un coche que sea de plata.

No había terminado de decirlo cuando se apareció un coche de plata, tirado por cuatro parejas de caballos, blancos como la nieve; dentro, venían el traje y los zapatos. Vistióse Mani-Palillo y se dirigió al baile.

Cuando la vieron llegar todo el mundo se creyó que era una princesa y fueron a decírselo al príncipe. Éste, en cuanto la vió se enamoró locamente de ella, y le pidió que bailase con él toda la noche. Accedió Mani-Palillo y el príncipe le preguntó :

-¿De qué país sois princesa?

-Del país de los bastonazos -respondióle Mani-Palillo.

-¡Qué nombre más raro tiene vuestro país !

-Sí, muy raro -contestó ella.

Y siguieron bailando. Cuando iban a dar las dos, acordóse Mani-Palillo de que al día siguiente tenía que levantarse muy temprano, para cuidar las ovejas, y sin despedirse del

príncipe echó a correr; éste la siguió, pero no pudo alcanzarla, porque ya había subido al coche, que desaparecía a lo lejos.

Contrarióle mucho al príncipe esto, pues él quería saber en dónde vivía la princesa, porque se había enamorado locamente de ella. Se retiró a su castillo y se pasó el día pensando en la bella princesa y en si iría esa noche al baile.

Por la tarde, cuando se iba para la fiesta, se encontró con Mani-Palillo y le dijo :

-Si hubieras ido anoche al baile hubieras visto la princesa más bella de toda la tierra.

-¡Ay, señor príncipe, cuánto lo siento no haber ido ! -contestó ella.

-¿Por qué no vas esta noche?

-No puedo ir, señor príncipe, mañana tengo que levantarme temprano.

Despidióse cariñosamente de Mani-Palillo y le dió cariñosamente con los guantes en el hombro.

En cuanto el príncipe se alejó, sacó Mani-Palillo la varita y dijo: Varita, varita, quiero un traje, unos zapatos y un coche que sean de oro.

No bien hubo acabado de decir aquello cuando apareció un coche todo de oro, con seis parejas de hermosísimos caballos; dentro venían el traje y los zapatos; se vistió Mani-Palillo y se fué al baile. Al llegar encontróse con el príncipe, que le esperaba; la ayudó a bajar del coche y le preguntó :

-¿ De qué país sois?

-Del país de los guantazos -contestó ella.

Bailaron toda la noche y cuando iban a dar las dos, ella le dijo :

-Voy al tocador a arreglarme un poco.

El príncipe la acompañó y le dijo que la esperaba en la puerta, pero, Mani-Palillo salió por otra, subió a su coche y desapareció.

Cuando el príncipe se dió cuenta del engaño, se puso furioso y se retiró a su castillo, pero no quiso dormir en toda la noche, pensando en ella. Al otro día, cuando iba para la fiesta, se detuvo a conversar con Mani-Palillo y le dijo:

-¡Si tú supieras lo triste que estoy!

-¿Por qué, señor príncipe? -preguntó ella.

-Porque estoy enamorado de la bella princesa y no sé ni dónde vive, pues siempre se me escapa y quien sabe no vaya esta noche al baile.

-No se ponga triste, señor príncipe, ya verá como ella va esta noche.

-Así sea -y le dió con la capa en el brazo.

Alejóse el príncipe y Mani-Palillo, sacando la varita, dijo:

-Varita, varita, quiero un traje, unos zapatos y un coche que sean de brillantes.

En cuanto acabó de decir aquello, apareció un coche todo de brillantes, con ocho parejas de briosos caballos ; dentro venían el traje y los zapatos. Se vistió Mani- Palillo y se dirigió al baile.

Allí la esperaba el príncipe que le dijo :

-¿De qué país sois princesa?

-Del país de los capazos -contestóle Mani-Palillo.

Entonces el príncipe, quitándose el anillo que tenía, le dijo :

-¿ Queréis guardar este anillo como recuerdo mío?

Púsosele ella y siguieron bailando; cuando dieron las dos, Mani-Palillo echó a correr; siguióla el príncipe, pero no pudo alcanzarla, pues ya casi había entrado en el coche, que echó a andar a tal velocidad, que los guardias que él había puesto en todas las esquinas, no pudieron detenerlo.

Púsose muy triste el príncipe, pues ya no le quedaba ni siquiera la esperanza de volver a verla, puesto que se habían terminado las fiestas.

Y , a tal extremo llegó su tristeza, que cayó enfermo. Trajéronle los médicos más sabios del reino, pero ninguno pudo curarle.

Entonces Mani-Palillo le dijo a un criado: -De la única manera que el príncipe se pusiera bueno es comiendo un pastel que yo sé hacer.

Díjosele el criado al príncipe y éste le contestó:

-¡Qué venga Mani-Palillo y que me haga el pastel!

Hizo Mani-Palillo el pastel y le puso en el centro el anillo que el príncipe le había dado; se lavó bien la cara y las manos y llevóselo al príncipe y le dijo:

-Comedlo, señor príncipe, y veréis como os ponéis bueno.

Cogió el príncipe el pastel pero no pudo partirlo, porque el cuchillo tropezó con el anillo; entonces dijo :

-Yo no como este pastel, está muy duro.

-Comedlo -repitió Mani-Palillo-, ya veréis que pronto os ponéis bueno.

El príncipe al oír aquello, apretó el cuchillo y saltó el anillo.

-¿ Qué es esto? -dijo él cogiéndolo-. Mani-Palillo, ¿ de dónde sacaste este anillo?

Entonces ella se acercó y le dijo : -¿No me conocéis, príncipe?

Miróla éste y quedó mudo de asombro al reconocer en ella a la bella princesa de quien estaba enamorado.

Al fin pudo hablar y dijo:

-¿ Vos sois la princesa?

-Sí, yo soy la princesa –contestóle Mani-Palillo-; ¿ no os acordáis que la primera vez que me preguntasteis de qué país era, os contesté: del país de los bastonazos?

Pues porque esa tarde, cuando os íbais para el baile, me diste con el bastón en el pie. Y a la otra noche me volvísteis a hacer la misma pregunta ¿ no os acordáis que os dije que era del país de los guantazos? Os dije ese nombre porque, cuando íbais para el baile, me diste con los guantes en el brazo. Y la tercera noche cuando me lo preguntásteis, ¿no os dije que era del país de los capazos? Pues, os dije porque esa tarde al pasar junto a mí me dísteis con vuestra capa.

Fué tan grande la alegría del príncipe, que se puso bueno en seguida, mandó que le buscaran magníficos vestidos a Mani-Palillo y le pidió que se casara con él.

Accedió ella, pero con la condición de que buscara a su padre y lo trajera. Inmediatamente mandó el príncipe cincuenta hombres a buscarlo. Cuando lo encontraron, lo llevaron al palacio y Mani-Palillo, llena de alegría, le contó todo lo que le había pasado y lo que le había hecho sufrir su madrastra.

Entonces el padre le dijo :

-Hija mía, Dios la castigó, porque un día fué a pasear al bosque y se la comieron las fieras.

A los pocos días, se casó el príncipe con Mani-Palillo hubo magníficas fiestas

Y todos fueron felices, comieron perdices ya mí no me dieron porque no supieron.

Seleccionado para los niños por Rafael Jijena Sánchez

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

